LEON XIII

DEFENSOR

DE LA HUMILDAD CRISTIANA.

In hoc autem positus est fructus solidus minimeque caducus, ut cuius excellentem virtutem homines admirantur, similitudinem eius aliquam adripant, fieri studeant ipsius imitationem meliores.

ENCICLICA «AUSPICATO CONCESSUM.»

El fruto real y duradero que debe sacarse (del ejemplo de S. Francisco) es asemejarse de algun modo á su eminente virtud y esforzarse en mejorarse imitándolo.

ENCICLICA «*AUSPICATO CONCESSUM.*»

UNA de las obras en que más brilla la infinita sabiduría y paternal Providencia de Dios Nuestro Señor para con el género humano, es sin duda alguna la fundación y conservación de su amada Iglesia. La historia nos enseña que la elección de los Romanos Pontífices ha recaido en las personas más adecuadas á las necesidades de los tiempos en que debían manejar el timonel de la nave de S. Pedro. Palpitante está aún el hecho ocurrido en el Vaticano el 20 de Febrero de 1878. Todo el mundo estaba pendiente, ansioso y agitado por los resultados que daría la muerte del inmortal Pio IX: los hombres de saber, los católicos y los disidentes temían con fundamento un cisma de fatales consecuencias, especialmente para la Europa; pero el hilo telegráfico vino en un momento á establecer la tranquilidad universal, puesto que solo trece dias habían pasado del fallecimiento de aquel Santo Pontífice, cuando por todo el mundo se supo que el Eminentísimo y Reverendísimo Señor Cardenal Joaquin Pecci había ocupado legítima y pacíficamente el Sólio Pontificio con el nombre de Leon XIII. ¿Y quién es este elegido y cuáles sus antecedentes? ¿Qué podemos temer ó esperar de su gobierno? Tales eran las preguntas que por todas partes se escuchaban.

Más el tiempo, que con suave mano recoge la cortina que al hombre oculta lo futuro, ha manifestado que es el Pontífice puesto por Nuestro Señor Jesucristo para hacer brillar más y más la espléndida doctrina del Evangélio en el cielo de las inteligencias humanas. Es el Papa, á quien por antonomasia y con razón se le llama el Filósofo: el que examinando con el criterio de una razón ilustrada por la fé, la naturaleza, causas y efectos de las miserias del hombre, ha dicho, que la sociedad marcha á gigantescos pasos por el camino que la conduce á su ruina; porque el egoismo, el positivismo y el materialismo la apartan del Ser Supremo, de la Suprema Inteligencia de la que con verdad está escrito, que todo lo dispone con número, peso y medida: realizando el gran pensamiento eterno y divino, que con altísima sabiduría expresó S. Pablo con estas palabras: *Omnia enim vestra sunt: vos autem Christi: Christus autem Dei.*

No satisfecho con dar á conocer la naturaleza, causas y efectos del mal, efectos que hunden á la sociedad en la más espantosa anarquía social, moral y religiosa, con dulce y firme voz, semejante al Divino Maestro, cuando tranquilizó á sus amados

discípulos que acobardados por la tempestad clamaban: *Salva nos, Domine, perimus;* nos dice: Hombres de poca fé, por qué temeis? Fijad atentos vuestras miradas en el Evangelio, poned en práctica sus máximas, y el mundo se salvará. No alegueis vuestras miserias é impotencia para cumplir doctrina tan sublime y sobrehumana; porque os presentaré á un hombre hijo de Adan, como vosotros, concebido en pecado y sujeto á las pasiones de la misma manera que vosotros; y él no sólo se salva, sí que también salva á innumerables almas que yacían sentadas en las pavorosas tinieblas del error ó sumergidas en el lodazal de inmundas pasiones: en una palabra, él repara la casa de Dios, las almas, templos vivos del Espíritu Santo, que estaban entre las ruinas de terrible miseria, ocasionada por el pecado. Leed nuestra Encíclica *Auspicato,* fechada el 17 de Setiembre de 1882, y en ella encontraréis cómo S. Francisco de Asis prácticamente demuestra al mundo entero que es posible á la miseria humana, fortalecida con la divina gracia, la observancia perfecta de los preceptos y consejos evangélicos.

Con efecto, basta la simple lectura del expresado documento para quedar convencidos de que nuestro Santísimo Padre el Sr. Leon XIII opone al egoismo, positivismo y materialismo del siglo la sublimidad de la perfección cristiana, realizada por N. S. P. S. Francisco de Asis, y enseña que la regeneración del mundo sólo se alcanzará observando fielmente las máximas divinas del Evangelio.

La sublime filosofía que entraña la precedente tésis, constituye al Sr. Leon XIII luz en el cielo de las inteligencias.

Es el egoismo la personificación absoluta é independiente del yo, y por consiguiente el aniquilamiento del no yo. De donde resulta ser manantial abundantísimo de males para nuestros semejantes. El egoista todo lo quiere para sí, y nada para los otros. El sufrimiento, la pena, la amargura, la pobreza y miserias de su prójimo le son tan indiferentes, como pueden serlo para el caminante que con rápido paso vé á derecha é izquierda la aridez de los terrenos por donde pasa, y cuyo dueño le es del todo desconocido.

N. S. P. S. Francisco comprendiendo con divina filosofía los males del egoismo lo combate de raiz; y por lo mismo se esmera en practicar y enseñar aquella máxima del Santo Evangelio, que es el fundamento de la perfección cristiana: El que quiera ir en pos de Nuestro Señor Jesucristo, niéguese á sí mismo. Hé aquí el aniquilamiento del yo, base y fundamento de la humildad; por cuya virtud se hace amable a los ojos del Hombre–Dios, quien nos dice: «Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón.» Por esto vemos que en una vez dijo N. P. á Fr. Leon: «Quede escrita con indelebles caracteres en tu corazón esta sentencia. Entre los dones del Espíritu Santo, que Cristo nuestro bien participó con mano liberal á sus escogidos, el más precioso es la victoria de sí mismos. Esta consiste en sufrir y rebatir con paciencia y valentía los insultos y asaltos, de nuestro amor propio. En las gracias de hacer milagros, convertir pecadores, reducir infieles, expeler demonios, resucitar muertos, y otras, no tenemos por qué gloriarnos, porque de todas es Dios el Autor y el Hacedor, á quien se debe el hacimiento de gracias, como réditos, que pertenecen á su accidental gloria; porque ¿qué tienes, como dijo San Pablo, que no lo hayas recibido de su mano poderosa, y si los has recibido, por qué te glorías de ello, como si no fuera suyo? Pero este poderoso, y absolutísimo Señor, que reservó para sí el fruto de sus divinos dones, queriendo, que toda la gloria, que resulta de ellos fuese toda suya, y nada nuestra; quiso tambien que fuese posesión de propiedad en nosotros, el trabajo, y la penalidad, dándonos facultad, y licencia amplísima, para que en la cruz de las tribulaciones, y trabajos pudiésemos gloriarnos, como lo hizo su apóstol San Pablo. Y así Hermano Fray Leon, de la doctrina que nos enseña la Escuela de Cristo, consta con firmeza esta conclusión. Solo en el padecer se puede el hombre gloriar; y aquí se hallará su perfecta alegría, porque en el padecer se funda su segura gloria »

No sólo enseñó esta doctrina por palabra, sí que tambien por obra, segun testifi-

ca el Sumo Pontífice, quien en el citado documento *Auspicato* se expresa así: «En medio de la molicie tan grande del siglo y de la delicadeza exagerada que le rodeaba se le vió avanzar en estas prácticas tan difíciles; pide su alimento de puerta en puerta, y soporta no solamente las burlas de un pueblo insensato, aquellas que son más injuriosas, sino que las busca con admirable avidez. Seguramente habia abrazado la locura de la Cruz de Cristo, y la consideraba como sabiduría absoluta; habiendo penetrado ventajosamente en la inteligencia de estos misterios augustos, veía y juzgaba que no podía colocar su gloria en cosa mejor.»

La demasiada afición á comodidades y goces naturales es lo que constituye al positivismo. Y por lo tanto puede decirse que es el maravilloso progreso é increíble adelanto del siglo de las luces, que todo lo reduce al oro, que hace consistir la gloria, la felicidad, el saber, el poder, la bondad y la virtud en crearse una gran fortuna á cualquier precio, á cualquier costa; porque el asunto, el grande asunto, segun los flamantes positivistas, es tener para darse una vida de príncipe con todos los goces de la opulencia deslumbradora y de exquisito gusto; en una palabra, para ellos: «Tiempo es dinero, dinero es placer.» En consecuencia el positivismo no es otra cosa, que el egoismo aplicado al goce de los sentidos.

«Es la Santa Pobreza, nos dice el Serafin de Asis, reina coronada entre las virtudes: Dióle el imperio el Rey de los reyes, Cristo; y la Reina del Universo, María; su Madre Purísima, consagrándola en sus mismas personas. Es una secreta y segura senda, que guía á la eternidad, y un atajo brevísimo para subir á la eminencia de la perfección. Es alma y vida de la humildad, y una raiz fecunda de frutos, cuya sazón y variedad es dulce lisonja y delicioso regalo del corazón justo. Es aquel tesoro escondido en el campo del desprecio, por cuya posesión merecen ser despreciados del mundo los tesoros, y en cuya adqusición son felices los afanes y bienafortunados los trabajos. El que quisiere llegar á gustar de este maná, que sabe á todas las virtudes, debe abandonar, no sólo las riquezas que aprecia la avaricia, sino desnudarse de los afectos y calidades que la prudencia vana del siglo tiene por loables y da por apetecibles. No querais estimación y fama, cebo engañoso, con que el amor propio prende y quita la libertad al espíritu. Renunciad hasta los aplausos que nacen del saber, porque por más que los dore la ocupación del estudio, son yerros de la vanidad, más sabe el ignorante que el sabio que piensa saber; porque el ignorante podrá ser humilde y el que presume de sabio, no puede dejar de ser soberbio. ¿Y qué ignorancia hay más torpe que la soberbia? El que sabe desapropiarse de su saber, se desambaraza del peso de su amor propio para caminar ligero hasta penetrar en los retretes íntimos de las potencias del Señor. No renunció enteramente al siglo, el que reservó los afectos del corazón, ni es verdadero pobre, el que no tiene bienes, sino el que ni deseos tiene. Quien desea y no tiene, tendrá las manos vacías; pero el alma llena de espinas que la atormentan y sofocan el grano de la palabra divina.»

Llámase materialismo la doctrina de algunos filósofos, que consiste en admitir como única sustancia la materia, negando en su consecuencia la espiritualidad é inmortalidad del alma humana, así como la causa primera y las leyes metafísicas. ¡De esta manera camina el mundo á borrar de las obras del hombre hasta el rastro del alma!

La gloria de Dios Nuestro Señor y la salvación de las almas son los dos grandes objetos que absorven la mente y el corazón de Francisco. Mi Dios y mi todo "*Deus meus et omnia.*" Al meditar en esta breve frase, su alma, arrebatada por la ardiente llama del amor divino, era elevada á altísima contemplación de las perfecciones de su amado; y con él trataba íntimamente de su infinita caridad para con el hombre, á quien redimió con amarga y dolorosísima pasion. Y por lo mismo decia á sus hijos con tierno y cordial acento: "No nos eligió la misericordia del Altísimo para que ambiciosos de nuestro solo aprovechamiento desatendamos la comun utilidad del mundo, y escondamos el talento, de cuyo empleo pende la ganancia de muchas almas.

Acordaos que despreciamos todos los bienes de la tierra; y no querais que por cosas que tienen tan bien merecido nuestro desprecio, por su propia vileza, perder un reino y una corona á quien dá verdaderas estimaciones una eternidad."

Su Santidad, en el mencionado documento, dice así: "Con el amor á la Cruz, ardiente caridad abrazó el corazon de Francisco y le impulsó á propagar con celo el nombre cristiano hasta exponer su vida al peligro más próximo. Abrasaba á todos los hombres en esta caridad; pero buscaba especialmente á los pobres y los pequeños, de suerte que parecia colocarse entre aquellos de quienes los demás acostumbraban á retraerse ó á los que orgullosamente despreciaban. Por esto mereció bien de esa fraternidad por la cual Jesucristo restaurándola y perfeccionándola, ha hecho de todo el género humano una sola familia, colocada bajo la autoridad de Dios, Padre comun de todos."

Despues de manifestar el Sr. Leon XIII la grandeza encantadora de N. S. Padre; porque observó é hizo observar á innumerables almas los preceptos y cousejos evangélicos, único y eficaz medio para regenerar al mundo, termina su nunca bien ponderada Encíclica, *Auspicato*, con estas palabras: "Tales son las razones por las cuales Nos hemos deseado ¡de todo corazón, desde hace mucho tiempo, proponeros la imitación de Francisco de Asís y porque Nos hemos tenido siempre un interés particular por la Orden Tercera de los Franciscanos, hoy que Nos hemos sido llamados por la altísima bondad de Dios á este Soberano Pontificado, como se ofrece una ocasión oportuna de hacerlo, Nos exhortamos vivamente á los cristianos á que se hagan inscribir en esta santa milicia de Jesucristo. En lo cual debe ponerse, tanto mas empeño, cuanto que se encuentran ahora en la mayor angustia y tribulación los religiosos franciscanos del primero y segundo Orden."

"Quiera Dios que por la protección de su Patriarca salgan pronto de esta fuerte y tenaz tempestad. Quiera Dios que los pueblos cristianos se agrupen en torno de la regla de la Orden Tercera con tanto ardor y en tan gran número como acudieron en otra ocasión á los piés del Santo Fundador."

Mas no quiero concluir sin poner en estas últimas líneas lo que, en alocución particular manifestó Su Santidad á varios Franciscanos, con estas formales palabras: *Adlaboremus igitur cum Divo Francisco, quum enim quis efficitur Tertiarius eo ipso vere chistiánus est; ecce anima salvata. Dein alter et alius, et decem, et mille, et sic semsin, per Tertium Ordinem, virtus regenerans undequaque diffunditur. Multum de S. Francisco speramus multum confidimus.*"

Que Leon XIII, á quien Dios ha concedido el ser el gran Filósofo del siglo XIX y Luz en el cielo de las inteligencias, le prolongue por muchos años su vida en perfecta salud, y lo constituya astro luminoso para que con el *lumen gloriæ* brille en perpetuas eternidades en el cielo de los bienaventurados, son los ardientes votos de los franciscanos de la primera, segunda y tercera Orden, existentes en la República mexicana, quienes estamos y estarémos siempre súbditos y sujetos á los piés de la Santa Romana Iglesia.

Guadalajara, Febrero 29 de 1888.

Por todos los franciscanos de México,

Fr. Teófilo G. Sancho.
M. O.